

DOMINGO IV TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

TE SUSCITARÉ UN PROFETA COMO YO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Deuteronomio, 18, 15-20; I Corintios 7, 32-35; Marcos 1, 21-28

1. La luz brillante de un día soleado hace que nuestros ojos vean y reconozcan las cosas, como son en sí mismas en su aspecto externo sin desfiguración alguna producida por la oscuridad de las tinieblas. A mayor luz, hay mayor posibilidad de encontrarse con la verdad externa de los seres creados. En línea con esto, cuanto mayor sea la luz que penetra en el interior de la persona, mayor será el conocimiento real sobre ella y, por tanto, de su verdadera realidad interior, incluida la espiritual. La Luz que ilumina del todo por dentro y por fuera a los seres, y que nos indica cuál es su realidad verdadera y la medida de su bondad, es Dios. Mirar con los ojos de Dios es encontrarse con la verdad y descubrir el bien temporal y eterno.

Eso es así, pero con mucha frecuencia y en muchísimos casos se hacen realidad estas palabras del Evangelio: *la luz vino al mundo y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz*. La luz que vino al mundo es Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. *Yo soy la luz del mundo*, nos dijo Él con toda sencillez y también con toda claridad. Sin embargo, los hombres y la sociedad en general prefieren la tiniebla: la tiniebla de parlamentos sin Dios, de leyes totalmente contrarias a la naturaleza y a la Ley divina (la legalización del aborto es un ejemplo), de negocios sucios donde la primacía de la producción sobre la dignidad y derechos del obrero lleva a injusticias graves en muchos casos, de una sexualidad usada con desenfreno, de forma aberrante y por puro placer (mucho más que los animales)... Como muestran y demuestran los datos sociológicos, por ese camino no se alcanza la felicidad, la persona no se siente realizada y la sociedad no funciona, salpicando la corrupción hasta los responsables de la misma. Sin la luz de Dios es imposible que nuestra sociedad sea una comunidad, en donde los derechos se respeten, se trate de quien se trate, y los deberes se cumplan por parte de todos. Es muy grande la debilidad humana, mucha su inclinación hacia el mal, y muchas las tentaciones u *oportunidades* que se le presentan como para no dejarse arrastrar, si se prescinde de la luz y de la fuerza que Dios da.

2. Leyendo las Sagradas Escrituras,, se ve claro que, en toda la historia de la salvación, Dios ha estado por encima de las miserias humanas, no cayendo en la tentación de abandonar al hombre a raíz de la ceguera de sus ojos, de la estrechez de su mente y de la dureza de su corazón.

La historia del pueblo judío, pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, es una historia llena de infidelidades, de idolatría y de rupturas de la Alianza. A la vez,

esa historia es una historia que podía llamarse *historia de las misericordias de Dios*, porque Yahvé siempre está dispuesto al perdón, le envía constantemente mensajeros que lo invitan a la conversión y acaba perdonando al pueblo.

3. En la primera lectura de este Día del Señor, aparece el gran profeta del Antiguo Testamento, el gran guía del pueblo elegido por Dios, el gran Moisés. De él se sirvió para que se realizaran los más grandes acontecimientos del Pueblo antiguo de Dios. Pero también aparece, y es Moisés el que lo anuncia, que el Señor dará a su pueblo un profeta semejante a él mismo. Con este anuncio no se está refiriendo el *Salvado de la aguas* a un profeta concreto, sino a un conjunto de profetas que señalarán al pueblo elegido cuáles son los caminos del Señor, y cómo ha de volver a ellos cuando se aparten de los mismos.

De ese grupo de profetas surgirá uno, el Profeta entre todos los profetas, el Mensajero del Padre por excelencia, su propio Hijo, encarnado en las entrañas virginales de María y nacido en la cueva de Belén, a quien sus padres le pusieron de nombre Jesús. Jesús, el Mesías anunciado por Dios en el paraíso terrenal, realiza plenamente el concepto de profeta. Por ello puede hablar al pueblo con autoridad, como aparece en el evangelio que hemos proclamado: *no enseñaba como los letrados, sino con autoridad*.

4. Al Gran Profeta de todos los tiempos, a Cristo el Señor, que vino a traernos el mensaje de salvación y la misma salvación, hay que escuchar, como nos dijo Dios Padre en el monte de la transfiguración: *éste es mi Hijo amado, escuchadle*. Escucharle, leyendo y meditando la Palabra de Dios. Escucharle, participando en medios de formación cristiana, como la catequesis de adultos. Escucharle en intimidad con Él ante el Sagrario. Escucharle en lo íntimo de la propia conciencia y cuando habla por medio de su Iglesia. Escucharle como personas concretas, como comunidades cristianas y como sociedad. Escucharle y, como es lógico, intentar vivir lo que nos dice en nuestra realidad concreta.

Pero hay algo más. El amor a Cristo ha de llevarnos a anunciarlo a los demás, a evangelizar como san Pablo: *¡ay de mí, si no predicara el Evangelio!* Cristo es el enviado del Padre a todos y para todos, y a todos hay que enunciarle. La Iglesia va a vivir en el próximo octubre un Sínodo sobre la Evangelización. En un Documento preparatorio, se recogen estas apremiantes palabras del Papa Pablo VI: *no sería inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio; pero ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza – lo que San Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio –, o por ideas falsas omitimos anunciarlo?* Todos hemos de anunciarlo: la Iglesia, en cuanto tal, al mundo entero, las abuelas a sus nietos, los padres a los hijos, los hermanos entre los hermanos, los amigos con los amigos, los compañeros y vecinos con los que tienen al lado.

5. Que María, Madre de la Evangelización, nos ayude en esta noble y gran tarea.